

El Espíritu Santo en la revelación bíblica. Breve recorrido por algunos textos de la Sagrada Escritura.

Julián Ruiz Martorell

Juan Pablo II recoge en la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente* un texto que escribió en la encíclica *Dominum et Vivificantem* donde presenta al Espíritu Santo «en el misterio absoluto de Dios uno y trino» como «la Persona-amor, el don increado, fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios, en el orden de la creación, el principio directo y, en cierto modo, el sujeto de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia»¹.

No se puede separar al Espíritu Santo de su presencia santificadora, vivificante y actualizadora: «El Espíritu, de hecho, actualiza en la Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares la única Revelación traída por Cristo a los hombres haciéndola viva y eficaz en el ánimo de cada uno»².

A) Antiguo Testamento

El término hebreo «rûaj» se puede traducir como «espíritu», «soplo», «viento», «aliento», «alma». Como reconoce Y. Congar los 378 empleos de «rûaj» en el Antiguo Testamento se distribuyen en tres grupos de importancia semejante: a) el viento, el soplo del aire; b) la fuerza viva en el hombre, principio de vida (aliento), sede del conocimiento y de los sentimientos; c) la fuerza de vida de Dios por la que él obra y hace obrar³. Nos interesan los dos últimos grupos.

El espíritu aparece como fuerza vital. La respiración es la señal de la vida, el aliento es el principio de la vida: la «rûaj» es el soplo vital: «Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente» (Gen 2,7). El hombre aparece como el que vive por el «soplo de vida» propio de Dios. Este «soplo de vida» es un don en el cual vive el hombre, una fuerza misteriosa perteneciente a Dios.

En el Antiguo Testamento se menciona 16 veces al «Espíritu de Dios», 26 veces al «Espíritu del Señor» y 12 habla de «mi Espíritu». Aparece claramente la idea del Espíritu como lugar de inmediatez entre Dios y el mundo. Se podría afirmar que el «Espíritu del Señor» es la presencia divina: Sal 139,7: «¿Adónde iré lejos de tu espíritu, adónde escaparé de tu mirada?». En la fuerza vital y creadora se hace presente Dios mismo como presencia que crea un espacio para la vida personal.

En la historia, Dios-Espíritu se manifiesta no solamente como fuerza creadora vivificante, sino también como fuerza unificadora de Israel como «su pueblo». Esta donación de Dios tiende al diálogo, a la comunicación, a la amistad. En la edificación de Israel como pueblo la obra del Espíritu funda la historia como historia salvífica de alianza.

Según la revelación bíblica, es la acción del Espíritu Santo la que nos

capacita para la experiencia de Dios. En el Antiguo Testamento, esta experiencia abre el corazón del creyente para que pueda discernir la presencia reveladora de Dios en la historia, porque es precisamente en la historia donde se realiza la comunión de alianza entre Dios y su pueblo.

La Nueva Alianza se expresa proféticamente en estos términos «Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jer 31,33). Se realiza un doble proceso: interiorización y universalización.

a) Interiorización: «pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré» (Jer 31,33). Los hombres, mediante el don de la Nueva Alianza, interpretada como obra del Espíritu (Ez 36,26-27), conocerán interiormente a Dios.

b) Universalización: «Pues voy a firmar con vosotros una alianza eterna: las amorosas y fieles promesas hechas a David. Mira que por testigo de las naciones te he puesto (...). Mira que a un pueblo que no conocías has de convocar, y quienes no te conocían a ti correrán por amor de Yahveh tu Dios» (Is 55, 3-5).

Esta Nueva Alianza se realiza por Espíritu que Dios infunde: «Y os daré un corazón nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros»

(Ez 36,26-27). Dios mismo como Espíritu, entrará en el corazón del hombre.

El Espíritu, lugar por excelencia de la experiencia cristiana, es el que realiza la revelación de la palabra de Dios, el que abre las vías del corazón para que pueda ser acogida en la fe, y el que desarrolla y madura en el amor la perfecta sintonía de vida con la palabra encarnada.

La revelación de Dios en el Espíritu es una realidad dinámica y personal. Es principio de vida y de acción. En el Antiguo Testamento la «rûaj» muestra las propiedades esenciales del inescrutable rostro de Dios: a) fuerza invencible (soplo que arrastra), b) misterio incognoscible (soplo inefable); c) potencia vivificante (relación entre «soplo» y vida), d) potencia no controlable por parte del hombre (el soplo como espíritu de libertad).

La era mesiánica se anuncia como una profunda renovación espiritual, el acontecimiento del Espíritu de Dios sobre el tronco de Jesús: «Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahveh» (Is 11,1-3).

B) Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento se recogen las grandes expresiones del Antiguo Testamento sobre el Espíritu de Dios, pero con dos aportaciones genuinamente cristianas:

– La esperada gran efusión del Espíritu ya se ha realizado (en Jesús y en el pueblo universal) y ha producido sus efectos.

– Se realiza una creciente «personalización» del Espíritu, dependiente de la revelación del misterio de Dios en Jesús, como consecuencia de un proceso que se realiza «según las Escrituras».

La encarnación se produjo por la acción del Espíritu Santo: «*El Espíritu Santo vendrá y te cubrirá con su sombra*» (Lc 1,35). San Lucas concede mucha importancia a la escena de la sinagoga de Nazaret, donde Jesús hace suyo el texto de Isaías: «*El Espíritu del Señor sobre mí porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor*» (Lc 4,18,19; cf. Is 61,1-2). Y también los discípulos reciben la fuerza del Espíritu: «*recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaría, y hasta los confines de la tierra*» (Hch 1,8). El día de Pentecostés «*quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse*» (Hch 2,4).

La expresión *Espíritu Santo* se repite 70 veces en el Nuevo Testamento. Aparece como el clima de santidad de la comunidad de Jesús y como el principio de santificación de hombre. La función primordial del Espíritu es la santificación del hombre y de la comunidad de Jesús, el Hijo, el Santo de Dios.

Entre los textos joánicos destaca el siguiente: «*y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis porque mora en vosotros y en vosotros está. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho*».

Paráclito es un término forense que designa a quien es llamado para auxiliar: el abogado defensor tanto en su función de protección y defensa como de animación y consuelo. Pero en san Juan, *Paráclito* no tiene el carácter pasivo de quien «es llamado», sino el sentido activo

de quien acude para proteger y consolar.

El texto que mejor destaca el carácter personal el Espíritu es Jn 16,13-15: «*Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros*».

El Espíritu Santo no es solamente la fuerza del soplo de Dios, sino un «él» vivo, una presencia. Su función, como maestro interior es recordar, dirigir interiormente como impulso vital, conducir hasta la verdad completa, anunciar el futuro, dar gloria a Jesús, comunicar lo propio de Cristo a los suyos. Es un «alguien» personal.

El Espíritu Santo es don y comunicación del Padre y del Hijo. Este «Don» es, por una parte, distinto del Padre y del Hijo, puesto que el Padre y el Hijo lo envían y el Espíritu es enviado (Jn 14,26: «*cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, y que yo os enviaré de junto al Padre, él dará testimonio de mí*»). Pero, por otra parte, el Espíritu aparece como comunicación plena de inteligencia, amor y vida.

a) Comunicación de inteligencia porque enseña (Jn 14,26: «*os lo enseñará todo*»), convence (Jn 16,8: «*cuando el venga convencerá al mundo en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio*»), da testimonio (Jn 15,26: «*él dará testimonio de mí*»), hace recordar (Jn 14,26: «*os recordará todo lo que os he dicho*»), orienta o guía en la dirección de Jesús (Jn 16,13: «*os guiará hasta la verdad completa*»).

b) Comunicación de amor, porque este recuerdo es cálido y afectivo y reconstruye los rasgos del Jesús histórico según ese conoci-

miento en que la inteligencia es el amor (Jn 16,14-15: «*El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros*»).

c) Comunicación de vida, pues para esto permanece junto a nosotros, con nosotros y en nosotros (Jn 14,17: «*Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y en vosotros está*»⁴).

Pero lo más importante es que se trata de una comunicación de Dios que es Dios. El Espíritu es Dios comunicado, Dios enviado del Padre y del Hijo. A quien es comunicación de inteligencia, amor y vida, siendo el mismo distinto del Padre y del Hijo, a ése le llamamos persona⁵. Alguien que es distinto, y simultáneamente es centro de comunicación de inteligencia y amor. El Espíritu es comunicación pura. Entre el Padre (Amante) y el Hijo (Amado), el Espíritu Santo es el Amor.

Existen muchos símbolos bíblicos para hablar del Espíritu Santo. Destacamos algunos:

- Agua (1 Cor 12,13: «*porque en un solo Espíritu hemos sido bautizados*»; Jn 19,34: del costado de Jesús «*al instante salió agua y sangre*»).
- Unción (1 Jn 2,20,27: «*En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo y todos vosotros lo sabéis. Y en cuanto a vosotros, la unción que de él habéis recibido permanece en vosotros*»; 2 Co 1,21-22: «*Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones*»).
- Fuego (Lc 3,16: «*Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el Fuego*»).
- Nube y luz (Ex 24,15-18: «*Y subió Moisés al monte. La nube cubrió el monte. La gloria de Yahveh descansó sobre el monte Si-*

naí y la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día, llamó Yahveh a Moisés de en medio de la nube»; Lc 1,35: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*»; en la transfiguración «*mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante* (...). *Estaba diciendo estas cosas cuando vino una nube y los cubrió con su sombra, y al entrar en la nube, se llenaron de temor. Se oyó una voz desde la nube, que decía: 'Éste es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle*» Lc 9,29.34-35).

- Sello (Jn 6,27: «*Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os da el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre Dios ha marcado con su sello*»; 2 Cor 1,22: es Dios el que nos ungió «*y el que nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones*»; Ef 1,13: «*fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa*»; Ef 4,30: «*No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención*»).
- Mano (Mc 6,5: «*Y no pudo hacer allí ningún milagro, a excepción de unos pocos enfermos a quienes curó imponiéndoles las manos*»; Hch 8,17: «*Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo*»; Hch 13,3: «*Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos, y les enviaron*»; Hch 19,6: «*Y, habiéndoles Pablo impuesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo y se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar*»).
- Dedo (Lc 11,20: «*Pero si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios*»).
- Paloma (Jn 1,32: «*Y Juan dio testimonio diciendo: 'He visto al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se quedaba sobre él*»).

El Espíritu es quien nos hace confesar a Cristo: «*nadie puede decir: '¡Jesús es Señor!' sino por influjo del Espíritu Santo*» (1 Cor 12,3). El Espíritu habita en nosotros («*¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu habita en vosotros*»: 1 Cor 3,16). El Espíritu es quien nos da vida con el amor de Dios («*El amor de Dios ha sido derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*»: Rom 5,5). El Espíritu es quien nos santifica: hemos sido elegidos «*según el previo conocimiento de Dios Padre, con la acción santificadora del Espíritu*» (1 Pe 1,2). El Espíritu nos hace nacer de nuevo («*el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios*»: Jn 3,5). El Espíritu se manifiesta en variedad de dones: «*Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo*» (1 Cor 12,4).

A este Espíritu inefable es al que confesamos en el Credo: «*Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas*». Al Espíritu se une la Iglesia para clamar juntos: «*El Espíritu y la Novia dicen: '¡Ven!' Y el que oiga, diga, '¡Ven!' Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera reciba gratuitamente agua de vida*» (Ap 22, 17).

Notas

1. *Tertio Millennio Adveniente*, 44; cf. Carta Enc. *Dominum et Vivificantem*, 50.
2. *Tertio Millennio Adveniente*, 44.
3. Cf. Y. M.-J. Congar, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona, 1991, 30.
4. Cf. J. M^a. Rovira Belloso, *Tratado de Dios, uno y trino*. Secretariado Trinitario, Salamanca 1993, 494-495.
5. *Ibid.*